

tionarios inteligentes, resúmenes orales y escritos de cada lectura, análisis gramaticales, prácticas ortográficas, definición de palabras difíciles, etc. Las *Lecciones de Retórica* son fruto de la enseñanza de esta materia durante varios años; en ellas brilla la precisión filosófica de las definiciones, la acertada división de las materias y la tinoso excogencia de los ejemplos y trozos de estilos literarios.

La obra conjunta de Otero Herrera perdurará porque está fundamentada en la verdad y en el amor a la juventud, pero para los que tuvimos el honor de ser amigos suyos, vale mucho más en él su corazón, cofre de oro perfumado, asiento de una bondad sin límites.

Duerma en paz a la sombra de la cruz este amigo del alma y confiemos en que Dios habrá recompensado en el cielo sus merecimientos y virtudes.

Bogotá, febrero de 1925.

R. C.

DISCURSO DE DON LUIS MARIA MORA

EN EL ENTIERRO DEL DOCTOR OTERO HERRERA

Señores:

Lo que menos imaginaba hace tres días era que yo, en nombre del sindicato de maestros y profesores católicos de Colombia, tuviera que darle la despedida al ilustre catedrático que consumió su vida entera en las ásperas, si bien nobles y meritorias labores de la enseñanza. Durante muchos años vióse al doctor Otero Herrera apegado al magisterio con una especie de celestine unción, como empujado por una fuerza irresistible, sin que para separarse de él fueran suficientemente fuertes nã

los diarios sinsabores del oficio, ni las constantes ingratitudes de los hombres, ni la molesta enfermedad, contraída en sus faenas, la cual iba minando lentamente su existencia.

Era el doctor Otero Herrera maestro por vocación, y escrito está que a los que nacen con ese sino parece como que los guiase astro funesto, y hubieran de rendir la jornada de la vida, heridas las manos, sangrando la planta, con la pobreza por hermana y la religión por única protectora.

Pertenecía don Antonio Otero a esa generación ágil y vigorosa que salió del Colegio del Rosario,—no bien consolidadas las presentes instituciones,—con todo el fervor del apostolado para combatir sin descanso por la verdad en la cátedra, en la prensa y en los comicios. La Facultad de Filosofía y Letras, fundada por el eximio varón que apenas puede resistir hoy el peso de sus glorias, brindaba a los jóvenes con un hermoso campo para ejercer la actividad en pro de la fe, de la ciencia, del arte y de la república. Apoyaba por aquel entonces sus nobilísimos anhelos aquel preclaro ciudadano, milagro de sabiduría y de carácter, que se llamó don Miguel Antonio Caro, presidente de Colombia, y en el esplendor de aquellos años venturosos todo anunciaba éra de bonanza para los futuros profesores.

El codiciado fruto no se hizo esperar mucho tiempo, y desde antes de 1895 los catedráticos nuevos empezaban a reemplazar a los maestros que se iban retirando del pacífico estadio, después de haber alcanzado muchos triunfos y haber sentido coronada su frente con el preciado laurel. Graves trabajos de mucho vuelo hicieron conocer con ventajas a la Facultad de Filosofía y Letras en centros universitarios del Viejo Mundo; menudearon los textos debidos al celo y competencia de sus profe-

sores, y corrió a su cargo la dirección de la educación pública en casi todos los Departamentos de la República. Todo parecía anunciar que el cetro de las letras y la filosofía no le sería arrebatado a Colombia en mucho tiempo; pero hé aquí, que de pronto, cuando más despejado estaba el horizonte, merced a causas que no es del caso expresar ahora, vencieron a los profesores de filosofía y letras las indoctas medianías, y contra ellos se mostraron hostiles por sistema, con algunas alternativas de bondad, los mismos que tienen a su cargo dilucidar los fecundos problemas de la educación pública.

Semejante difícil situación era para desconcertar hasta a los hombres de más recia contextura moral, y en efecto, muchos profesores de filosofía y letras abandonaron, tristes y descorazonados, el estandarte de cultura espiritual que en las aulas habían logrado defender. No sucedió esto con el doctor Otero, y a pesar de dificultades sin cuento, continuó por mucho tiempo con el arma al brazo, como don Quijote con su rodela bien apretada y su lanza en ristre, resuelto a no dejarse vencer por los argumentos de Sancho.

En asocio de dos colegas suyos, honra del magisterio, dio el doctor Otero Herrera a luz un excelente *Libro de lectura*, el cual ha conquistado puesto de honor en la instrucción primaria y se considera como libro clásico en tan difícil materia.

Pero de todas las obras a que extendió su actividad inteligente el doctor Otero Herrera, lo que le conquistó más renombre fueron sus *Lecciones de retórica y literatura*, cuyo método tan original como pedagógico, ha servido de modelo a obras de mucho aliento que se han publicado después con más fortuna, pero no con más gloria.

Y en medio de las arduas ocupaciones del magisterio, no descuidaba Otero Herrera el arte nobilísimo de la poesía y a ella dedicaba sus muy contados ocios, distinguiéndose en este claro departamento de la inteligencia por el sello eminentemente propio que le imprimió a todas sus producciones, por la sobriedad de su lenguaje y por el encendido espíritu cristiano que las anima.

En este último tiempo, en que con tanta rudeza se ha combatido todo lo que signifique un anhelo en favor de las disciplinas espirituales, y en que todo lo que no represente la fuerza brutal y la utilidad inmediata es declarado como obra de gentes de escasa sagacidad, el doctor Otero Herrera desempeñaba un modesto puesto en la salina de Zipaquirá, en donde—cosa admirable—había fundado una escuela para trabajadores, y de donde hubo de salir en busca de más propicia suerte.

Aún no le faltaban bríos para volver a las duras labores pedagógicas, y en ello estaba cuando la muerte lo sorprendió en el tiempo en que su vida era más necesaria para darle la última mano y mostrar en toda su hermosura ese dechado de virtudes en que él puso todo su corazón: el templo armonioso de su propia familia.

Dejemos que duerma en paz este soldado valeroso y denodado del magisterio. Si algo fue superior a sus grandísimos merecimientos, fue el diáfano manto de su modestia, tan natural y tan desconocida por él como todos los puros sentimientos que lo enaltecían. Si los hombres no premiaron sus méritos muy poco comunes, a las puertas del sepulcro se abrieron para Otero Herrera las puertas de otra escuela, que en cátedra de amor inextinguible es el mismo Divino Maestro el que dicta sus lecciones.